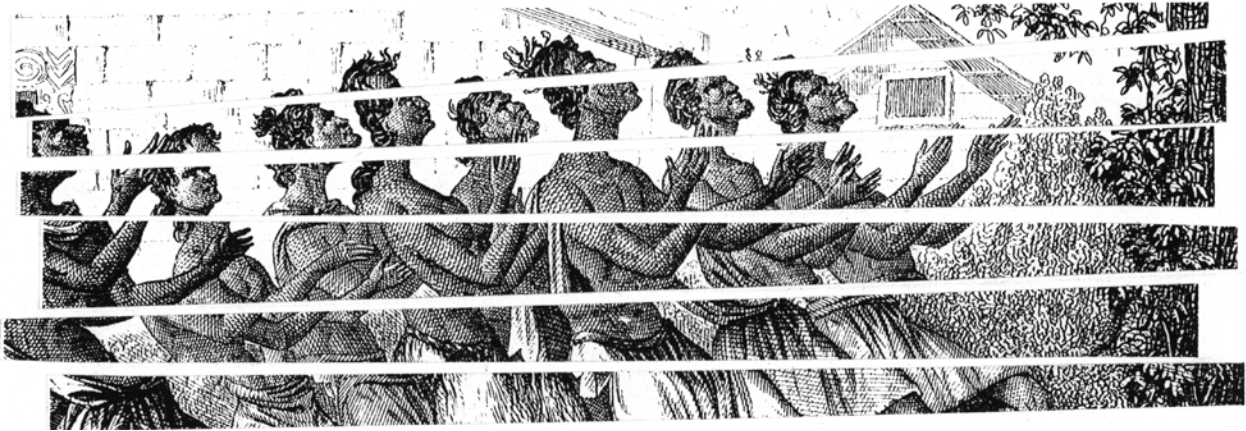


Neopopulismo *latinoamericano*

Francisco R. Calderón



La segunda mitad del siglo XX se caracterizó por que, una y otra vez, los gobiernos de prácticamente todos los países latinoamericanos emprendieron programas que tenían como meta un acelerado crecimiento económico y, sobre todo, una redistribución del ingreso instrumentando políticas centradas en el gasto público deficitario, en el proteccionismo, en un amplio sector paraestatal y, en general, en una creciente intervención del gobierno en la vida económica. Muy frecuentemente estas políticas se han disfrazado con ropajes socialistas, keynesianos o aun con los de la doctrina social de la Iglesia, cuando en realidad provienen, en lo esencial, del rancio mercantilismo.

Como es natural, el resultado de la instrumentación de estas políticas heterodoxas ha conducido indefectiblemente a una inflación galopante y a la quiebra de la economía, con lo que, cuando esto acaece, no queda más remedio que solicitar la ayuda del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial, la cual es concedida con la condición de que se implante un programa de estabilización. Por lo general, estas recomendaciones se siguen a medias, lo que asegura su fracaso y da pretexto para condenar la ortodoxia motejándola de neoliberalismo. Si se vuelve a las andadas con programas expansivos, se tiene la seguridad de que el FMI y el BM volverán a prestar dada la increíble candidez de dichas instituciones. A esto se le ha venido llamando populismo.

Para Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, el populismo económico es una actitud ante la economía que enfatiza el crecimiento económico y la redistribución del ingreso y minimiza los riesgos de la inflación, del déficit de

las finanzas públicas, de los limitantes externos y de las reacciones de los agentes económicos ante las políticas radicales violadoras de las leyes del mercado.

Los populistas arguyen que es tal la magnitud y gravedad de los problemas sociales, que se vuelve indispensable y urgente gastar lo que sea necesario para irlos resolviendo, independientemente de que haya o no recursos reales. Los recursos pueden crearse a través del gasto público deficitario financiado por el incremento de la deuda pública, tanto externa como interna, así como por una política monetaria expansiva. La inflación provocada por estas políticas puede compensarse, según sus partidarios, con controles de precios generalizados, con fuertes castigos a quienes los violen y con aumentos sucesivos de salarios.

Estas afirmaciones contradicen la experiencia de todos los países y todas las épocas. En ningún caso la carrera entre precios y salarios durante un proceso inflacionario ha sido ganada por los salarios; nunca las penas a los infractores, aun la guillotina, han sido suficientes para disuadir a los especuladores y, por el contrario, los controles de precios sólo han servido para distorsionar la producción y fomentar el mercado negro. En todos los casos la inflación disuade el ahorro, desvía la inversión hacia la especulación y reduce el poder adquisitivo de los salarios.

Según Dornbusch y Edwards el populismo, cuando llega al poder, pasa por varias etapas: en la primera se provoca un fortalecimiento de la demanda a través del gasto público deficitario, de una política monetaria expansionista, y del aumento de los salarios, lo que da por resultado

un aumento de la producción y del empleo sin que surja todavía un repunte importante de la inflación

En una segunda etapa empiezan a aparecer cuellos de botella en el aparato productivo, incapaz de aumentar la producción al mismo ritmo de la demanda y se presenta el desabasto de cada vez más artículos, como consecuencia de que los inventarios han caído a su mínimo nivel y de que la disponibilidad de divisas es baja. La inflación y el déficit fiscal aumentan significativamente.

La tercera etapa se caracteriza por escasez generalizada, fuerte aceleración de la inflación, carencia de divisas, huída de capitales, devaluación de la moneda, desmonejización de la economía, una menor recaudación de impuestos, creciente costo de los subsidios y desplome de los salarios reales. La situación se vuelve desesperada.

Finalmente, un nuevo gobierno se ve obligado a seguir las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional y establecer un programa ortodoxo de estabilización, pero en condiciones peores que cuando se inició el experimento populista, porque hay desconfianza entre los inversionistas, los capitales han huido y los salarios son todavía más bajos.

Los continuos fracasos de los experimentos populistas dieron por resultado el que en número creciente los países latinoamericanos fueran optando por políticas orientadas hacia la economía de mercado, al grado que el profesor Paul W. Drake –en un artículo escrito en 1991 con gran optimismo– afirmara que ya habían pasado los mejores días del populismo en la América Latina, como lo demostrara el que ya fueran cosa del pasado los principales fracasos del populismo, entre los que listaba los siguientes:

Lázaro Cárdenas	México	1934-1940
Los Perón	Argentina	1946-1955 y 1973-1976
Getulio Vargas	Brasil	1951-1954
Carlos Ibáñez	Chile	1952-1958
Joao Goulart	Brasil	1961-1964
Juan Velasco Alvarado	Perú	1968-1975
Salvador Allende	Chile	1970-1973
Luis Echeverría	México	1970-1976
José López Portillo	México	1976-1982
Alan García	Perú	1985-1990

Si el Dr. Drake tocara el tema de nuevo en 2007 tendría que reconocer que se había apresurado en sus juicios, ya que el populismo ha vuelto a levantar cabeza, como lo prueban los gobiernos de Néstor Kirshner en Argentina, de Hugo Chávez en Venezuela, de Evo Morales en Bolivia,

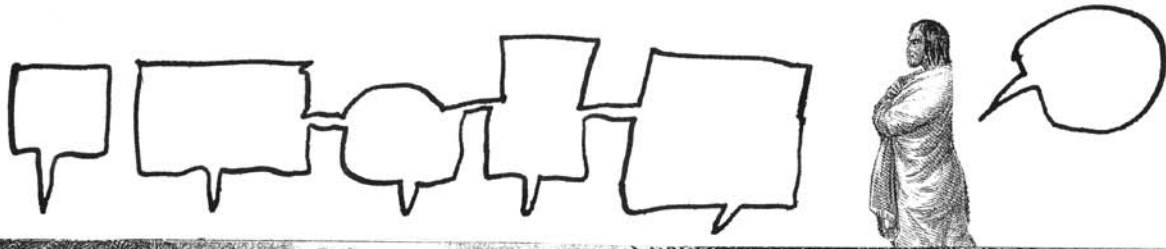
de Rafael Correa en Ecuador y de Daniel Ortega en Nicaragua. Nótese que no figuran en esta lista ni la señora Michelle Bachelet de Chile ni Luiz Inacio Lula da Silva de Brasil ni Tabaré Vázquez de Uruguay ni Leonel Fernández de la República Dominicana, quienes después de un pasado populista ahora en el poder han conservado, en lo general, la economía de mercado.

Estos gobernantes deben ser considerados como social-demócratas a pesar de que pertenecen a partidos políticos que siempre se han ostentado como socialistas; igualmente, los populistas del siglo XX listados dos párrafos arriba no intentaron subvertir las instituciones democráticas y, en lo general, conservaron una economía de mercado. Los nuevos populistas del siglo XXI, en cambio, están procurando transformar la estructura política de sus países para poder perpetuarse en el poder e ir instituyendo una economía cada vez más estatista y parecida al modelo marxista-leninista.

La razón de esta radicalización se encuentra en la ascensión a la presidencia de Venezuela de Hugo Chávez, militar en cuyo historial se encuentra un golpe de Estado fallido contra las instituciones democráticas, pero que a pesar de ello ganó las elecciones de fines de 1998 de manera aplastante para presidente de la República con mayoría absoluta en el Congreso, lo cual le ha permitido ir reformando a su talante leyes e instituciones. De entonces a la fecha ha derogado la antigua Constitución y la ha sustituido por otra con la que ha ampliado sus poderes y ha autorizado a continuar en la presidencia por otros dos períodos consecutivos de seis años (ya se habla de una nueva modificación para que se permita la reelección indefinida).

El control absoluto de la Asamblea Nacional (Congreso) y la nueva legislación le han permitido a Chávez llenar con sus incondicionales el sistema judicial, la Fiscalía, la Contraloría y los organismos electorales, así como disponer mediante decretos de la facultad de intervenir y confiscar propiedades privadas y llegar a convertir en delito las críticas a su gobierno; ha promulgado la Ley de Responsabilidad Social de la Radio y Televisión, popularmente conocida como la Ley Mordaza, que lo faculta a suspender programas, imponer multas y hasta tres años de cárcel, por lo que considera desacatos, críticas o injurias a los funcionarios públicos; últimamente ha retirado la licencia a Radio Caracas Televisión (RCTV), la empresa emisora más fuerte y de mayor prestigio en Venezuela.

Todas estas medidas para construir un Estado totalitario acercan cada vez más a la llamada revolución bolivariana de Chávez a la revolución comunista de Castro, y la alejan de los proyectos populistas y socialdemócratas de antaño. Su filomarxismo lo prueban sus continuas visitas a Castro, desmedidos elogios al dictador cubano y sobre todo el obsequio de 100 mil barriles diarios de petróleo a Cuba, a cambio del envío de miles de médicos e instructores cuba-



nos a Venezuela; hay, sin embargo, rasgos que distinguen a Chávez de Castro y de sus antecedentes históricos.

El primero de ellos es que, cínicamente, no promete a los venezolanos una mejoría en su nivel de vida, sino que ha declarado públicamente que el objetivo de su revolución bolivariana es “Que nadie quiera se rico”, lo que significa que no habiendo ricos todos serán pobres pero con el inmenso consuelo de que todos serán igualmente pobres (excepto la nomenclatura, claro). Castro ha logrado en Cuba esta igualación hacia abajo pero nunca la ha justificado como el logro de su objetivo.

Un segundo rasgo es que, siendo de formación marxista, no pierde la ocasión de manifestar empalagosas invocaciones a Dios y especialmente a “su virgencita de Guadalupe”, lo que no obsta para que ataque a la Iglesia y a su jerarquía. Otra de sus características es la de suscitar el odio racial de los indios y los negros contra los más o menos blancos: ya se han derribado en Venezuela monumentos al “genocida” Cristóbal Colón y se ha lanzado una campaña en contra de los valores aportados por Occidente a la cultura de nuestros países.

Pero quizá lo que lo distingue sobre los demás populistas es la enormidad de los recursos que están a su disposición: Venezuela posee reservas petroleras equi-

valentes a las de los países del cercano Oriente, lo que a los precios actuales de más de setenta dólares por barril significa una riqueza que se antoja inextinguible por más esfuerzos que está haciendo Chávez por gastarla; esta abundancia de recursos le da la seguridad de que la economía venezolana no sufrirá un colapso en un razonable largo plazo, por más aberrantes que sean las políticas que siga.

Todo parece indicar que la posesión de tanta riqueza le ha hecho concebir a Chávez ambiciones que van más allá de las fronteras de Venezuela; además del petróleo que obsequia a Castro, regala también 200 mil barriles diarios a Centroamérica y el Caribe, ha contribuido generosamente a las campañas electorales que han llevado al poder a Evo Morales en Bolivia y de Rafael Correa en Ecuador, y con menos éxito a la de Ollanta Humala en el Perú; no sería de extrañar que también hubiera ayudado a la de López Obrador en México.

Ha otorgado también ayuda financiera y a veces técnica a los guerrilleros de Colombia, a cuanto movimiento comunista e indígena existe en la América Latina; ha ofrecido servicios gratuitos de oftalmología a 100 mil brasileños, 60 mil colombianos, 30 mil ecuatorianos, 20 mil bolivianos y 12 mil panameños. Se calcula en 24 mil millones de dóla-

res el importe total de estos donativos.

Obviamente, la magnitud de estos regalos no se debe a la generosidad, a la filantropía o a la solidaridad latinoamericana de Chávez, sino a su sueño de convertirse no solamente en el heredero de Castro como cabeza del comunismo en nuestra zona, sino en constituir una especie de “Federación Bolivariana” de países de la que él sería el caudillo político. No resulta tan absurda esta idea si se piensa que, sumados a los de Venezuela, los recursos petroleros de Ecuador y los de gas de Bolivia constituyen 85% de los hidrocarburos de Sudamérica, con los que puede ejercer una influencia decisiva sobre la política de Argentina, Brasil y aún de Chile. Ya existe el proyecto de construir un gigantesco gasoducto de 8 mil kilómetros entre Caracas y Buenos Aires, con un costo de más de 20 mil millones de dólares para abastecer de gas a toda la América del Sur.

No le ha bastado a Chávez la fuerza económica del petróleo sino que la ha combinado con un programa militar desproporcionado: ha duplicado el tamaño del ejército, ha llamado a las armas a las reservas, ha comprado en Rusia 100 mil fusiles Kalashnikov, 30 aviones y 53 helicópteros, ambos de combate, cazabombarderos al Brasil, patrulleras y aviones militares a España y radares tridimensionales a China; además, la prensa ha publicado que está negociando con Rusia la compra de nueve submarinos cuya utilidad parece nula. A pesar de toda la retórica chavista contra Estados Unidos, no es creíble que realmente espere una intervención militar en América del Sur.

Llama también la atención el acercamiento con Irán y con Libia, países islámicos petroleros cuyas relaciones con Estados Unidos son tensas. En su visita al primero de estos países Chávez llamó hermano al presidente iraní Mahmoud Ahmadinejad, elogió el programa nuclear de esa nación y atacó a la política estadounidense por evitar que produjera armas atómicas. Una relación similar la ha cultivado con Moammar el Gaddafi, dictador vitalicio de Libia. Estas relaciones que podrían ser explicadas como un intento de darle mayor peso a Venezuela dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), han sido innecesariamente cargadas de un contenido político.

Los tres satélites de Chávez en la región –Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua– han intentado seguir lo mejor que han podido los pasos de su líder. Así como el venezolano se disfraza de a veces de mariachi o de enfermero, Evo lo hace constantemente de jefe o sacerdote indígena con atuendos dizque prehispánicos sacados de la fértil imaginación de un modista; Ortega se ha concretado a denostar la conquista ibérica de hace cinco siglos; Correa, imposibilitado de ser apóstol del indigenismo por su presencia más bien criolla, ha guardado prudente silencio.

Tanto Morales como Correa persistentemente están

tratando de reformar la Constitución de sus respectivos países, pero hasta ahora no lo han logrado por carecer de mayoría suficiente en sus congresos; en su exasperación, Correa ha amenazado con disolver el Congreso y Morales se ha dedicado a minar el sistema electoral.

Evo nacionalizó el gas boliviano, cuyas reservas de 50 billones de pies cúbicos son las mayores del continente; para ello decretó que la paraestatal YPFB pase a ser socio mayoritario de las empresas gaseras (incluidos gasoductos y refinerías) y fije los montos y precios del gas natural producido; las empresas privadas propietarias de 49% restante de las acciones deben firmar nuevos contratos en un plazo perentorio, so pena de expulsión del país y, mientras tanto, deben pagar impuestos de hasta 82%. Entre los afectados está Petróleo Brasileiro S. A. (Petrobras) cuyas inversiones en Bolivia eran de mil 600 millones de dólares, y los fondos de pensiones de los jubilados bolivianos.

Ortega, por su parte, ya confiscó en su primer gobierno en Nicaragua buena cantidad de propiedades privadas que finalmente, cuando abandonaron el poder, pasaron a ser propiedad privada de él y de los otros comandantes sandinistas; ahora, en su segundo gobierno, todavía no ha tenido tiempo de nacionalizar pero, en cambio, a imitación de Chávez, ya efectuó un viaje por tres continentes en un avión prestado por el dictador libio Gaddafi en el que además de Libia visitó Argel e Irán.

Es de esperar que Chávez seguirá inmiscuyéndose en los procesos políticos de Perú, Colombia y México para unirlos a su red de repúblicas bolivarianas; éste es un peligro real al que habrá que prestar máxima atención.

En resumen, el nuevo populismo presenta una nueva cara de vuelta al marxismo con ambiciones expansionistas basadas en su control de inmensos recursos energéticos, que lo diferencian de los populismos del siglo XX, si bien conserva de ellos su adicción a políticas causantes de déficit fiscal, inflación, deuda pública, desempleo y caída de los salarios reales, plagas que azotan ya a la misma Venezuela a pesar de la abundancia de sus recursos. **B**

Bibliografía

- Calderón, Francisco R. *El populismo latinoamericano*, Fundación Rafael Preciado Hernández, A.C., Documento de Trabajo No. 182. Febrero de 2005.
- Dornbush, Rudiger y Edwards, Sebastián. *The macroeconomics of populism in Latin America*.
- Mendoza, Plinio Apuleyo, Montaner, Carlos Alberto y Vargas Llosa, Álvaro. *El regreso del idiota*.